

Pablo, un creyente judío y piadoso

Pablo nació en una familia judía que vivía en una gran ciudad, Tarso, de lengua griega y cultura propia del Imperio Romano en la filosofía, arte, arquitectura, teatro, deportes, etc. Es desde el comienzo un niño que vive compaginando sus orígenes judíos y palestinos con un entorno mucho más urbano y cosmopolita. Como parte de su formación, sus padres lo enviaron a Jerusalén a completar sus estudios de retórica y filosofía con un maestro judío llamado Gamaliel (Hch 22,3-5; 26,4-5; Flp 3,4-6). Con este, a la vez maestro y padre espiritual, afianzó su fe judía y se integró en el grupo de los llamados fariseos.

¿En qué creía el Pablo fariseo? ¿Cómo era su experiencia de fe? ¿Cómo es su imagen de Dios y su modo de relacionarse con él?

El fariseísmo como movimiento religioso nació hacia el s. III a.C., cuando en Israel se rompe una cierta unidad como pueblo. Hasta entonces la religión de Israel había estado centrada en el culto en el Templo (sacrificios), signo de una religión "de todo el pueblo" (Alianza y Elección de Israel). La religiosidad personal, la piedad personal, probablemente se movía en ámbitos mucho más cercanos a los de cualquier religión del entorno: la petición de bienestar material (que salgan bien las cosechas, tener mucho hijos, curarse de la enfermedad, etc.), la acción de gracias por favores recibidos, consultas a adivinos y oráculos, ritos de "paso" como la circuncisión, el matrimonio, purificaciones... todo esto son expresiones de piedad que se pueden hallar en casi cualquier religión.

Con los fariseos nace una nueva forma de experiencia de Dios, un nuevo tipo de espiritualidad: **la espiritualidad centrada en la Biblia** y especialmente en su núcleo fundamental para Israel: la Torá (Pentateuco, Ley de Moisés: los cinco primeros libros de la Biblia). **Si queremos encontrarnos con Dios, el lugar de encuentro será la Biblia.** La Biblia empieza a ser vista, y usada, como presencia oculta de Dios y de su voluntad. Basta leer el Salmo 119, salmo típicamente fariseo, para ver cómo se dirigen a la Ley expresiones que antes se referían a Dios: confianza (Sal 119,42); fe (119,66), esperanza (119,43.74.81.114.147). Tener la ley siempre presente (119,30), consumirse en ansias por ella (119,82), alzar las manos hacia ella (119,48). A través de la ley se implora la salvación (Sal 119,149); tiene fuerza para ayudar y dar vida (Sal 19,8; 119,50.144.175).

No es que se pretenda sustituir a Dios por la ley, sino de lograr, a través de la Ley, un encuentro personal con Dios. A este Dios no se le encuentra sólo en la pura subjetividad, sin mediaciones, sino con la ayuda de la ley, hacia ella entonces se dirigen los afectos, los sentimientos, la cabeza, la meditación. Se busca un contacto emocional fuerte con la ley: se la ama como a una esposa o una novia, se alegra uno al pensar en ella, al recordarla y al sentirla cerca.

Pablo practicó así su fe en la vida diaria: **estudiando y cumpliendo la Ley.** La ley es camino que puede y debe ser recorrido (Sal 119,14.27.30.32.33.35), que debe ser escogido (119,30). Los fariseos en su búsqueda de la santidad personal en la vida diaria, van extendiendo las prescripciones rituales del Templo a toda la vida, de ahí, por ejemplo, la preocupación por purificar las vajillas y la rectitud en cada acción. La **pureza ritual propia de los lugares santos se intenta que alcance todos los órdenes de la vida.** Creen en la libertad del ser humano, pero esta consiste en su decisión de permanecer fiel a todos los preceptos de la Escritura.

La segunda forma de piedad de Pablo, además del cumplimiento, fue **el estudio de la Torah, su meditación constante** (119,6.15.18), de consulta afanosa (119,45.94): hay que esforzarse por comprenderla y entenderla (119,79.125.7.71), posiblemente con prácticas concretas, regulares, de día y de noche (119,97.164.147). En la meditación y estudio Dios se revela, se comunica (119,18), se recibe una enseñanza nueva y auténtica (119,12.26 etc.) y una inteligencia (119,27.34.73.125, etc.). Pablo antes de ser cristiano era un laico y a la vez teólogo y gran lector de la Biblia.

¿Qué echamos de menos en esta fe de Pablo el fariseo?

En primer lugar, falta la **dimensión social de la fe**. Por ejemplo, en el Sal 119 no aparece tampoco nada de los pobres y los débiles. No se interesan por organizar algún tipo de ética social, al modo de los profetas antiguos. Falta también la **historia del pueblo de Dios**: en el largo Sal 119 echamos en falta alguna referencia al Éxodo, y en general a la historia; no aparece el verbo "sacar" (el que os sacó de Egipto), tan importante en la "memoria" de la salvación; no aparece la Alianza de Dios con su pueblo. La Ley parece más una propuesta de cumplimiento que Dios hace a cada ser humano. **Lo religioso se reduce al ámbito de lo personal**, aunque se viva y se experimente en comunidad. Flavio José nos dice que los fariseos "se quieren entre sí, y buscan estar en buenas relaciones con la comunidad", aunque no habla de su organización interna, lo que sugiere que era un grupo menos cohesionado que, por ejemplo, los esenios, de los que el mismo historiador da muchos más datos de vida comunitaria, su vestido, etc. Las virtudes serán más bien virtudes individuales: se incluye el amor a la familia, a los hermanos, a los miembros del grupo, y la rectitud, la justicia personal, etc. pero no se elabora una ética social, en parte por la conciencia de que del estudio y cumplimiento de la ley se puede esperar todo el bien.

El fariseísmo introduce nuevos **factores de desunión y conflicto**. La personas justas o "de conducta intachable" lo serán en cuanto "caminan en la Ley de Yahveh" (119,1), los que guardan sus decretos (119,63); en lugar del "camino de la sabiduría" se halla el "camino de los mandamientos" (Sal 119,27.32.33.35); la Sabiduría, que en los libros sapienciales acompañaba a Dios en la creación, es sustituida ahora por la "palabra eterna de Dios" y por sus "mandatos" (Sal 119,89-91). Los malvados ya no son los que oprimen al pueblo, sino los que desprecian los mandatos de la Torá (Sal 119,21.53.etc.). Los fariseos creen en la resurrección, pero una **resurrección sólo para los buenos**, mientras que el alma de los malos, es decir, los alejados de la Ley, sufre un castigo eterno.

Preguntas para reflexionar:

¿Puedo describir cómo es mi fe? ¿Qué digo yo de Dios, cómo me lo imagino? ¿Qué tipo de fe me han transmitido mis padres, maestros, catequistas, sacerdotes? ¿Cuáles serían sus rasgos principales? ¿"Practico" la fe, es decir, hay algún tipo de práctica (oración, liturgia, estudio) que alimenta mi fe? ¿Alguien que me conoce desde hace tiempo, qué diría de la fe que vivo y comunico? ¿Qué echo en falta de lo que me han transmitido o de lo que vivo?



Jesús nos dijo que tuviéramos cuidado con la "levadura" de los fariseos (Mateo 16,11), y de hecho su parábola de los trabajadores de la hora undécima cuestiona y desconcierta, al presentar un Dios que no premia más al que más trabaja. Puedes leerla y orar con ella ¿Será Dios distinto del cómo me lo imagino o me lo han descrito?

«El Reino de los Cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió luego hacia la hora tercia y al ver a otros que estaban en la plaza parados, les dijo: 'Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo.' Y ellos fueron. Volvió a salir a la hora sexta y a la nona e hizo lo mismo. Todavía salió a eso de la hora undécima y, al encontrar a otros que estaban allí, les dice: '¿Por qué estáis aquí todo el día parados?' Le contestaron: 'Es que nadie nos ha contratado'. Jesús les dijo: 'd también vosotros a la viña.' Al atardecer, el dueño de la viña dijo a su administrador: 'Llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros.' Vinieron, pues, los de la hora undécima y cobraron un denario cada uno. Al venir los primeros pensaron que cobrarían más, pero también cobraron un denario cada uno. Y al cobrarlo, murmuraban contra el propietario, diciendo: 'Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el calor.' Pero él contestó a uno de ellos: 'Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. Por mi parte, quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?'. Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos.» (Mt 20, 1-16).